

extasiados y absortos en toda su majestuosa belleza el vestíbulo, digamos así, de la Metrópoli de las artes. Dos hemicíclios inmensos en su extensión y adornados con fuentes monumentales, con esfinges, con estatuas colosales, con balaustrados elegantísimos, limitados por cuatro soberbios edificios de uniforme apariencia, circundan la magnífica plaza, cuyo adorno completan dos bellísimas iglesias que se hallan colocadas en los espacios que dejan las tres avenidas principales de la ciudad, que se abren allí prolongándose en una extensión que no puede abarcar la vista. En el centro de la plaza elévase erguido y esbelto un gran obelisco egipcio, cuyo pedestal descansa sobre una esplanada cuadrangular á la que se asciende por gradas. Arriba del hemicíclio de la izquierda se extiende el bellísimo paisaje del Monte Pincio, uno de los más elegantes paseos de Roma, cubierto de abundante vegetación y decorado con bellos monumentos de arte que contrastan admirablemente con la obra de la naturaleza embellecida por el arte mismo.

Tal es el golpe de vista en conjunto. Pasemos á los detalles. En el centro de cada hemicíclio hay una fuente adornada con un grupo colosal en mármol. El de la izquierda representa á Roma entre el Tíber y el Anio; el de la derecha es un Neptano entre dos tritones. Cuatro pedestales que terminan los hemicíclios por el lado de las fuentes, reciben cuatro gigantescas estatuas que representan las Estaciones.

Los cuatro edificios que limitan los hemicíclios en sus más distantes extremidades, son de muy bella arquitectura y bastante elevados.

El monumento central en donde se levanta el obelisco es de asombrosa magnitud y belleza. El monolito, cubierto de arriba abajo con geroglíficos egipcios, tiene de altura 23 metros 65 centímetros sin contar el pedestal cuya elevación es proporcionada. Fué erigido originariamente por Ramassés II en Heliópolis, ciudad del bajo Egipto, para servir de adorno en el templo del sol, al cual fué consagrado. Después de la batalla de Actium, Augusto trasladó el obelisco á Roma y lo hizo colocar en el Circo máximo. Allí quedó sepultado

muchos siglos, hasta que el Papa Sixto V lo mandó sacar en 1587 y fué instalado en el lugar en que se halla, bajo la dirección de Domingo Fontana. Así lo atestigua una inscripción latina que se lee en el pedestal del monumento. En los cuatro ángulos de la esplanada que le sirve de base hay unos leones colosales de mármol, estilo egipcio, que vierten agua sobre elegantes recipientes de granito.

Las dos iglesias que hemos mencionado arriba y se llaman Santa María de Monte-Santo y Santa María de los Milagros, son perfectamente iguales en su tamaño y construcción. Sobre un pórtico griego de muy correctas líneas y muy bellas proporciones se ve levantarse en cada una de ellas la elegante cúpula y una preciosa torrecilla que sirve de campanario.

Inmediatamente que se entra en la plaza, á la izquierda, interrumpiendo la matemática uniformidad del conjunto, se levanta la modesta fachada de una iglesia, que no se detendría el viajero en visitar si no fuese advertido por el guía de que allí se oculta como avergonzado de su mezquino exterior uno de los más ricos tesoros artísticos de Roma. Es Santa María del Popolo.

Según la tradición generalmente recibida, el Papa Pascual II fundó esta iglesia por el año 1099, con el objeto de tranquilizar al pueblo acerca de las apariciones nocturnas y de los fantasmas que se atribuían al cadáver de Nerón, cuyas cenizas, según Suetonio, habían sido sepultadas en el lugar que hoy se nombra Monte Pincio. Algunos creen que esta iglesia fué reedificada en 1227 por el *pueblo* romano y de allí viene su nombre que comunicó á la puerta y á la plaza; pero está bien averiguado hoy que no fué este el origen del nombre *popolo*, que también significa *álamo*, sino del arbolado de esta clase que debió existir en otro tiempo en el sitio en que está la plaza, de donde probablemente tomó nombre la iglesia.

Sixto IV la hizo reconstruir en 1477; sus sobrinos, uno de los cuales fué Julio II, el príncipe Chigi, algunos otros personajes distinguidos y al fin el Papa Alejandro VII, concurrieron á embellecerla.

Penetremos en el interior de la iglesia. No acostumbrados en nuestro país á ver edificios seculares; poco habituados á contemplar esas antiguas construcciones de la Edad Media, no es agradable la primera impresión que recibimos al hallarnos dentro de una iglesia escasa de luz, con sus paredes ennegrecidas por el polvo de los siglos; con los mármoles de sus altares y de sus estatuas teñidos de un color amarillento y como velados por una sutil tela que ofusca su brillo y transparencia. El ánimo, empero, se sobrecoge por un sentimiento de veneración, que no se acierta á explicar si es el que inspira el respeto debido á la majestad de Dios, objeto del culto de los hombres en aquel lugar hace centenares de años, ó es el que infunde la presencia de las obras del hombre mismo, que han respetado los siglos. Cristianos, antes que amantes del arte, nuestro primer movimiento fué arrodillarnos delante de la Eucaristía; humillarnos en la presencia del Dios Hombre; elevar á Él nuestro pensamiento y tributarle el homenaje de nuestra pobre adoración. Entretanto, habíamos salido de la influencia del contraste de luces que nos hiciera parecer sombrío y falto de claridad el interior del templo; y principiábamos á ver distintamente los detalles de su ornamentación, los contornos de sus líneas, el relieve de sus cornisas y molduras, el modelado de sus estatuas, el claro-oscuro de sus frescos. Un hombre de baja estatura, de color moreno, regordete y mofetudo, vestido con traje talar, se acercó á nosotros y en voz baja nos dijo en italiano:

—¿Quiere Vd. que le acompañe á visitar la iglesia?

—Se lo agradezco á Vd., le contestamos; no entiendo bien el italiano, y lo hablo menos.

—¿Conoce Vd. el francés? nos dijo en este idioma.

—En este sí podemos entendernos, aun cuando no tengo el hábito de hablarlo.

—Vamos entonces á recorrer las capillas; voy á traer las llaves.

Y se dirigió inmediatamente á la sacristía.

Entretanto, permanecemos en el centro de la iglesia, y abarcando ésta en su conjunto, vimos que consta de tres na-

ves divididas por hermosas columnas, elevándose en el centro una cúpula octágona; dos órdenes de capillas laterales completan el edificio, y á lo que se puede ver, estas son las que encierran las principales maravillas de arte que contiene.

Llegando el sacristán con las llaves, nos condujo á la primera de las capillas de la derecha.

—Esta es la capilla más venerable por la antigüedad de su decoración, nos dijo. Pertenece á la familia Venuti, y antes fué de los Rovère.

Después, mostrándonos en el altar mayor un cuadro de fuerte colorido, aunque deslavado por el tiempo, representando el Nacimiento del Salvador, nos dijo:

—Este cuadro es una de las obras más estimadas de Bernardino Pinturichio, que floreció en la segunda mitad del siglo XV.

Luego, llamándonos la atención acerca de los frescos que decoran la bóveda y se hallan por cierto deteriorados por el transcurso de los años, agregó:

—Estos frescos, que representan episodios de la vida de San Gerónimo, son obra del mismo pincel, y hacen, así como el cuadro del altar, la admiración de los inteligentes.

A la izquierda se halla un curioso monumento sepulcral de mármol, ricamente esculpido, resaltando sobre sus relieves una estatua de tamaño natural, de un personaje eclesiástico.

—¿A quién pertenece, preguntamos al *cicerone*, esta magnífica tumba?

—Es, nos respondió, el sepulcro del Cardenal Cristóbal de la Rovère, de la familia del Papa Julio II. Está reputado como una de las más bellas producciones del siglo XV.

—¿Y aquella tumba de estilo moderno, que contrasta con la del Cardenal? interrogamos nuevamente al sacristán.

—Es de un hábil pintor de este siglo, Francisco Castel, prusiano. Su viuda hizo ejecutar el monumento, en el año de 1857.

Pasamos á la capilla siguiente, llamada *Cibo*. Sorprendiéndonos la extraordinaria riqueza de la ornamentación que la

reviste. Dieziséis columnas de jaspe de Sicilia sobre un zócalo de mármoles de los más raros, soportando bellísimos arquivtraves y cornisas de preciosas piedras.

—Esta es, nos dijo el sacristán, una de las más ricas capillas que tiene Roma: todas las piedras que la adornan son exquisitas y de gran precio. El Cardenal Alderano Cibo que murió en 1700, la puso en el estado en que se halla. Allí tiene Vd. la tumba que guarda sus restos, nos dijo señalándonos un soberbio mausoleo que está á la derecha de la entrada.

El cuadro de San Lorenzo, añadió, que se ve á la izquierda, representando el martirio del Santo, es obra de Morandi; el del martirio de Santa Catarina, que está á la derecha, es pintura de M. Daniel. El lienzo al óleo que está sobre el altar y representa á la Purísima Concepción, abajo de la cual se ven á los cuatro doctores de la Iglesia, lo pintó Carlos Maratta.

—Fíjese Vd., prosiguió, en los frescos de la cúpula; fueron pintados por uno de los célebres artistas del siglo pasado, Luis Garsi.

Y efectivamente son bellas las pinturas tanto del altar como de la bóveda.

Seguimos á la tercera capilla, en donde el guía nos llamó la atención sobre el bellísimo cuadro de la Virgen acompañada de varios santos, obra del afamado Pinturichio, quien pintó también la bóveda y otro cuadro de la Asunción.

—Estas pinturas, le dijimos, parece que han sido restauradas. Aparecen tan bien conservadas que no puede creerse que sean contemporáneas á las de la primera capilla.

—Efectivamente han sufrido restauraciones, pero fueron hechas con gran cuidado por un artista, el pintor Camuccini.

A la derecha está la tumba de Juan de la Rovère y á la izquierda hay un sarcófago sobre el cual se ve la estatua de un obispo acostado, ejecutada en bronce y de muy bello estilo.

En la cuarta capilla, causa asombro la perfecta cinceladura y correcto dibujo de un bajo-relieve que se halla sobre el altar, representando á Santa Catarina entre San Antonio de

Padua y San Vicente Mártir. Dos monumentos laterales, uno de un caballero romano Marco Antonio Albertoni, de 1486, y otro de un Cardenal de Lisboa muerto en 1508, hacen admirar la perfección con que se trabajaba el mármol en aquella época. Las pinturas de las paredes y bóveda son de Pinturricchio.

Saliendo de allí se pasa á la capilla de Feoli, renovada enteramente en el año de 1850, y causa tristeza ver la decadencia del arte, y se vuelve la espalda, para encontrarse enfrente con un gran monumento de ejecución también moderna, á la memoria del Cardenal Portocarrero, destituido enteramente de mérito artístico. No parece sino que estas obras han sido ejecutadas allí para que más resalte la belleza de las antiguas.

Subimos en seguida al presbiterio. El sacristán descorrió el velo que cubre un cuadro pequeño que está colocado sobre el altar mayor. Es una de las madonas atribuidas al pincel de San Lucas. Auténtica ó no, inspira veneración por su antigüedad.

Detrás de este altar se halla el coro, en donde permanecemos un largo rato extasiados verdaderamente con la vista de las preciosidades que encierra. Los frescos de la bóveda son la obra maestra de Pinturricchio. Las vidrieras de colores de las ventanas, pintadas por artistas marseleses, son las únicas que se conservan en Roma de la época de Julio II. Pero sobre todo, los monumentos que se admiran en las paredes laterales, exceden á toda ponderación, y pueden figurar sin duda, entre las obras más notables del Renacimiento. Son las tumbas de los Cardenales Baso y Sforza. Ejecutadas por el renombrado Sansovino, son en su género las mejores que existen en la Ciudad Eterna, y la de Sforza principalmente no tiene rival acaso en el mundo. La perfección en el dibujo y en la ejecución, la pureza en el estilo, la regularidad en las proporciones, la riqueza en la ornamentación; hacen de este monumento la obra más acabada que haya podido ejecutar el cincel. La adornan ocho magníficas estatuas

que cualquiera de ellas puede figurar como un modelo de escultura en cualquier museo.

—Vamos, nos dijo el guía, á seguir viendo las capillas. Le queda á V. por ver mucho muy bueno. Y nos condujo á la que sigue inmediatamente en la nave paralela á la que habíamos recorrido,

—Extasíese V. ahora, viendo escogidas obras de los grandes maestros del arte, nos dijo nuestro *cicerone* con aire de satisfacción. Esa Asunción que tiene á la vista es original de Aníbal Carracci; los cuadros laterales que representan la Crucifixión de San Pedro y la Conversión de San Pablo los pintó el Caravaggio. Los frescos de la bóveda son dibujados por este último artista y pintados por Novara: el altar es del Bernini.....

Y absortos contemplando tantas maravillas, permanecemos largo tiempo sin pronunciar palabra.

—Todavía tiene V. que ver otras bellezas de primer orden; volvió á decirnos aquel hombre, sacándonos de nuestro arrobamiento. Vamos á la que sigue, la capilla de la familia Chigi.

Maquinalmente le seguimos.

—Aquí tiene V., nos dijo abriendo la reja, un prodigio de elegancia y de pureza de estilo. Si los Papas hubieran podido mover de aquí esta capilla, hace tres siglos que estaría en el Vaticano. Si Napoleón hubiera encontrado el secreto de trasladarla á otro lugar, se la habría llevado á París. Aquí trabajaron Rafael y Sebastián del Piombo. El primero hizo los dibujos y preparó los cartones para los mosaicos de la cúpula, para las pinturas del friso y para el cuadro del altar que comenzó á pintar el segundo y acabó Francisco Salviati.

De las cuatro estatuas que se hallan en los ángulos, la de Daniel y la de Habacuc son del Bernini, quien igualmente ejecutó las dos tumbas de los lados, de Agustín y Sigismundo Chigi, y las otras dos que representan una á Elías y otra á Jonás sentado sobre la ballena, fueron esculpidas por Lorenzetto. El Jonás es el más estimado, porque el artista se sujetó en él al dibujo y á la dirección de Rafael.

Causa admiración, en verdad, esta capilla. En su reducida extensión deberían verse como aglomerados los objetos de arte que contiene, y pudiera parecer recargada de ornamentación, porque son muchas las pinturas que la decoran; pero está todo tan bien colocado y la decoración tan bien reparada, que nada se deja de ver en totalidad, y no hay cosa que no esté en el lugar en que le corresponde.

Entrando en los detalles, cada figura pintada ó esculpida tiene un mérito inapreciable. A nosotros nos hicieron un efecto admirable los frescos de la bóveda, y sólo nos permitimos reprochar al artista que los ejecutó, cierta lubricidad que ostentan en el desnudo y en las actitudes algunas de las mujeres allí representadas. Es lamentable que los pintores y escultores de los siglos XV y XVI, inspirándose en el paganismo, exhibiesen dentro de los templos esas licenciosas desnudeces tan impropias en objetos consagrados á una religión que condena la sensualidad y toda impureza. Desgraciadamente vamos á tener más de una ocasión de censurar este mismo defecto en muchas de las obras artísticas más notables que adornan algunas iglesias de Roma. ¡Flaquezas de la humanidad! Mas no es de censurarse el que después de ejecutadas cada una de esas grandes obras, se hallan conservado como salieron de las manos del artista; habría sido un desacato cubrirlas, mutilarlas ó destruirlas. Alguna vez se ha podido justificar el procedimiento de los sumos pontífices á este respecto, cuando se ha tratado de velar con ropajes de pincel impudencias tan escandalosas como las del primitivo cuadro de Miguel Angel en la Capilla Sixtina, ó vestir con esmalte una Venus pagana que á un gran genio en la escultura le ocurrió poner adornando el monumento sepulcral de un Papa en la Basílica de San Pedro.

Sólo quedaba por ver la última capilla, la cual no tiene de notable otra cosa que la tumba del Cardenal Pallavicini, que fué construida en 1501 por orden del mismo Cardenal, quien falleció seis años después.

Salidos de esta magnífica iglesia pasamos á visitar las otras dos pequeñas que se hallan rematando las dos extremidades

de la gran calle del Corso. La primera en que entramos, Santa María de Monte Santo, llama la atención por sus buenos estucos, por dos cuadros de Salvator Rosa y por uno de Carlos Maratta que representa á la Sagrada Familia. En la sala capitular se encuentra el verdadero tesoro de esta iglesia que consiste en un lienzo de extraordinario mérito que representa á Jesucristo crucificado, y es obra de Guido Reni.

En la otra iglesia son notables los monumentos sepulcrales del Cardenal Gastaldi y del marqués del mismo apellido: la ejecución de los bustos y las estatuas que los adornan fué debida al cincel de buenos artistas del siglo XVII.

Tres calles, como arriba dijimos, desembocan en la plaza del Popolo, una, la del centro, se llama el Corso; la de la derecha de Ripetta y la de la izquierda del Babuino. La primera, que se extiende más de dos kilómetros, termina en la plaza de Venecia, la segunda lleva directamente al palacio del Senado y la tercera conduce á la plaza de España.

El Corso, si no la más bella de las avenidas de la ciudad, es la arteria principal de la circulación; es la del gran movimiento, la del comercio, y aun en la que se hallan situados algunos de los grandes palacios de los antiguos príncipes de la nobleza romana. El Corso es el gran centro de animación de Roma: por esa avenida se va á todas partes; por ella transitan constantemente centenares de carruajes de todas clases: sus embaldosados se ven á toda hora del día y hasta avanzada la noche, obstruidos siempre por millares de transeuntes. Por la avenida del Corso no es posible transitar á paso acelerado: las banquetas, como las llamamos acá nosotros, son bastante angostas: la gente es mucha, y como las tiendas principales se hallan allí situadas y como sus elegantes aparadores hacen detener á no pocos de los viandantes atraídos por la variedad de los artículos que en ellos se exhiben, y no sea posible bajar de la banqueta sin peligro de ser atropellado por un coche, se ve uno obligado á caminar al paso que se lo permite la multitud y deslizarse como puede entre aquellos cordones de apretada muchedumbre.

El aspecto del Corso por las tardes, principalmente de las

cinco en adelante, es en verdad encantador. Todo el mundo elegante que va á respirar el aire libre al Paseo del Pincio ó á la Villa Borghèse, hace paso forzosamente por el Corso. Allí, pues, el viajero tiene ocasión de ver reunida la sociedad de Roma, desde el Rey Humberto que en un ligero faeton va gobernando él mismo los caballos, y la hermosa y simpática Reina Margarita sonriendo majestuosamente á todos los que la saludan, reclinada en el testero de una soberbia carroza de ocho muelles, hasta las mujercillas que gustan de exhibirse en los coches de alquiler. Y entre estos dos extremos, ¡cuántos y cuán variados grupos ofrecen á la vista esas interminables hileras de carruajes que se extienden desde la plaza de Venecia hasta la del Popolo! ¡Qué lujo tan deslumbrador en los coches y en las libreas de los cocheros y en los arneses de los caballos! Y dentro de esos coches, que nunca van cerrados como se usa en los paseos de nuestras ciudades, ¡qué hermosura en las damas y cuánta elegancia y qué buen gusto en el vestir! Y nótese que las damas romanas visten en lo general con sencillez y se adornan moderadamente. Ya se ve, tienen como principal adorno el de su belleza que á la verdad no necesita de grandes atavíos para atraerse las miradas y cautivar los corazones. La mujer romana es el tipo ideal de la hermosura. Reune al severo clasicismo que inspiró las creaciones de Phidias y de Praxíteles, la expresión encantadora de las concepciones de Miguel Angel y de Rafael. La mujer romana está realizando todavía en bellísimo consorcio la perfección escultórica de la Grecia con el atractivo de la belleza meridional. Si no hubiese reunidos en los museos de Roma tantos y tan bien acabados modelos, que sirviesen como sirven á los escultores y pintores para formarse en la buena escuela del arte, les bastaría recorrer las calles de Roma, especialmente el Corso á las horas del paseo, para hacerse verdaderos artistas. No debe por lo mismo llamar la atención que en Roma hayan florecido los primeros genios del mundo en las artes. Con tan bellos modelos no se puede menos de ser artista.

CAPÍTULO SÉTIMO.

Iglesia de San Jacobo.—Mausoleo de Augusto.—San Carlos.—La *Via Condotti*.—San Lorenzo *in Lucina*.—El palacio Ruspoli.—Palacio Chigi.—Plaza *Colonna*.—La Columna de Marco-Aurelio Antonino.—La plaza de *Monte Citorio*.—El palacio del Parlamento.—El templo de Antonino Pío.—El palacio Schiarra.—San Ignacio.—El Colegio Romano.—El Liceo-Gimnasio *Ennio Quirino Visconti*.—La biblioteca Víctor Manuel.—Los museos.

NO podremos en nuestras excursiones seguir la dirección de las calles de la ciudad por donde vayamos atravesando, sin vernos frecuentemente en la necesidad de tomar á uno ú otro lado las vías transversales, para entrar en una iglesia, penetrar en el interior de un palacio ó visitar algún monumento. Desde luego así nos va á suceder en nuestro camino por la avenida del Corso. Advertidos por el guía de que en una de las calles que se abren á la derecha está situada la iglesia de San Giacomo (San Jacobo) y no distante se halla el célebre Mausoleo de Augusto, tenemos que voltear por esa calle y entrar primero en la iglesia.

Este hermoso templo es notable por ser una de las más bellas obras del arte moderno que se admiran en Roma. Fundado en 1338 por el Cardenal Jacobo Colonna, fué reedificado en 1600 por el Cardenal Salviati bajo la dirección de Francisco de Volterre y terminado por el celebrado arquitecto Carlos Maderno. En 1863 fué restaurado y embellecido con las hermosas decoraciones que tiene en la actualidad. Su forma es elíptica, las paredes y las bóvedas están cubier-